



Un Cristiano Fallece en Oregon

La conocí solo una vez, cuando su esposo Ryan nos presentó en Diciembre 2014 después de Misa en Portland. Los pocos minutos que hablamos fueron suficientes para que yo conociera una verdad sorprendente: esta madre de aspecto vibrante de cuatro hijos pequeños juguetones que circulaban tenía etapa IV de cancer del riñón inoperable. Ella tenía 33 años de edad; los médicos le dieron menos de dos años de vida.



La hija de una madre China y un padre Americano, Lizz Lovett creció siendo una Budista en Japón. Años después se encontró navegando las turbulentas aguas de la conversión al Catolicismo de su prometido, Ryan. Pero la idea de hacer la fe de él la suya propia creó una duda que encontró difícil de descartar: ¿entraría en la Iglesia solo por el bien del hombre que ella amaba?

Su conmovedora lucha llegó a un punto culminante una noche en Virginia cuando la pareja se arrodilló frente a la estatua de Nuestra Señora en la Catedral de Arlington. “¿Debo hacerme Católica?” Lizz le preguntó en silencio a la Madre de Dios. Una respuesta se elevó rápida y segura en el corazón de Lizz: “Sí”. A través de sus ojos llenos de lágrimas miró a Ryan y vio que él estaba llorando también. Cuando salieron de la iglesia, ella le

preguntó porqué. “Le pregunté a María si tú deberías de hacerte Católica”, él contestó. “Ella dijo, ‘Sí’”.

Lizz Lovett entró a la Iglesia en la Vigila Pascual de Marzo del 2005 y murió una santa muerte el 2 de Julio 2016. Cinco días después se llevó a cabo su funeral en Portland. Su muerte y entierro ocurrieron a los dos lados del Día de la Independencia, fiesta de la libertad de los Estados Unidos. Fue tiempo profético, el Padre Paul Scalia señaló en su homilía, porque en su manera de morir Lizz Lovett nos mostró “la verdad sobre . . . lo que significa ser libre”.

Aquí en Oregon, el primer estado en legalizar el suicidio asistido por un medico, la ley nos lleva a pensar que la libertad significa poder hacer lo que elegimos, incluso si elegimos poner fin a nuestra propia vida.



Lizz Lovett pudo haber hecho esa elección; para defenderse de la progresión implacable del cancer, ella pudo haber acelerado la hora de su muerte. En su lugar, ella gentilmente tomó de la mano su muerte e hizo un último regalo a otros, como puede ser visto en su conmovedor testimonio en video en el sitio de internet Real Life Catholic sobre el significado que ella encontró en su sufrimiento.

Estaba claro para sus muchos visitantes que, al acercarse la muerte, Lizz de alguna manera estaba ganando, no perdiendo, libertad—una libertad mas profunda de ser ella misma para los demás hasta el final. Ella nunca se olvidó que desde el primer aliento hasta el último su vida fue un regalo, y que ella había sido comprada a un precio, y que ella no era suya.

“Es por libertad que Cristo nos ha liberado”, dice San Pablo, recordándonos de las palabras de Jesús en el Evangelio de Juan: “. . . si el Hijo los libera, ustedes serán liberados”.

Para aquellos que nos acompañan en nuestro último viaje, no podemos dejar atrás mejor regalo que una aceptación valiente de la muerte. Yo conocí a Lizz Lovett solo una vez, solo por unos minutos; pero en ese tiempo breve ella me dio el regalo de su libertad para morir como una Cristiana. Cuando mi hora llegue y la suya, espero que seamos bendecidos para recordar la lección que ella nos enseñó tan bien.